

PARTICIPACIÓN, TEJIDO ASOCIATIVO Y CIUDADANÍA¹

Al hablar de participación y de ciudadanía, mirando la historia de España desde la democracia hasta hoy, es evidente que en este tema ha jugado y sigue jugando un papel relevante lo que definimos como 'Movimiento Vecinal' (organizaciones de asociaciones de vecinos: AAVV).

Movimiento vecinal y perspectiva comunitaria

En los postreros años del franquismo y en los primeros años de la democracia se dio en España un fenómeno importante de participación popular en la vida pública a través de la creación en miles de barrios urbanos y muchos pueblos de las llamadas Asociaciones de Vecinos. Sobre este fenómeno se ha escrito mucho y aquí, en términos sintéticos, conviene reseñar y recordar algunos elementos de esta experiencia que tienen interés y relación con la situación actual.

En primer lugar, las asociaciones de vecinos eran la proyección en el territorio de la organización obrera en la fábrica. No hay duda que, particularmente en los últimos años del franquismo, la lucha antifranquista tuvo en la clase trabajadora su eje y, en el partido comunista, su organización más importante. Fruto de esta relación es el nacimiento de las Comisiones Obreras en el ámbito obrero, sindical e industrial fundamentalmente. Pronto la lucha sindical y política en la fábrica se extendió a los barrios de vida de las clases trabajadoras, ya que las condiciones de vida y la ausencia de infraestructuras y servicios en los inmensos barrios periféricos destinados a la inmigración interna, eran realmente precarias. No hubo nunca una clara división de papeles, sin embargo parece claro que las asociaciones de vecinos emanaban de la concepción reivindicativa y de lucha de las organizaciones sindicales y sus dirigentes fueron fundamentalmente obreros.

Las asociaciones de vecinos desarrollaban su lucha y sus reivindicaciones en el marco de las necesidades comunes a la gran parte de la población de esos barrios, teniendo en cuenta la gran homogeneidad de la misma en aquellos años de desarrollo capitalista. Por ello la gran parte de la dirección del movimiento vecinal eran hombres y, en ausencia de una profunda renovación del movimiento, siguen siendo los mismos hombres quienes todavía están a la cabeza de las asociaciones.

En aquellos años, en ausencia de democracia y por ende de partidos, sindicatos y asociaciones libres, las asociaciones de vecinos jugaron un papel importantísimo de representación de los intereses y necesidades de la gran mayoría de la población - de esa parte de la población que residía en estos barrios periféricos- y, por ello, aun sin contar con la participación directa de toda la población, sí que contaban con la aceptación de su representatividad. Al mismo tiempo se convertían en la única referencia de la población para las posibles respuestas a las muchas necesidades de la misma.

Es este un tema importante para comprender el presente y la "crisis" actual del

¹ Texto integrado por textos anteriores y comentarios de conexión.

movimiento vecinal. Aunque no todo el mundo participó en el movimiento vecinal - pero sí mucha más gente que en los últimos años- todo el mundo se reconocía en la asociación de vecinos de su zona, ya que ésta era la única organización y referencia para los intereses generales, colectivos y comunes de la gran mayoría de la población.

Analizando este tema desde otra perspectiva se puede afirmar que en aquellos años las asociaciones de vecinos fueron capaces de realizar un diagnóstico certero y real de las más importantes necesidades sociales de la población. Lo cual era entonces relativamente fácil y podría ser así sintetizado:

- en el terreno institucional y político las asociaciones de vecinos representaban un elemento de democracia participativa (asamblea, decisiones públicas, reuniones, elecciones de los dirigentes, etc.) en un sistema autoritario y dictatorial (aunque ya muy relajado en muchos aspectos)
- en el terreno social el diagnóstico era también bastante fácil dado el modo en que se habían construido las viviendas y los barrios y dado, por lo tanto, la gran necesidad de servicios y estructuras primarias: no había escuelas, no había ambulatorios y un largo etcétera...
- por último, la ausencia de cualquier otro tipo de organización (política, sindical, etc.) favorecía la existencia de una organización colectiva y pública, no clandestina, que se ocupara de temas reales y concretos de difícil cuestionabilidad. Por ello podemos afirmar que durante bastante tiempo las asociaciones vecinales han constituido una presencia activa en la vida social de los barrios y la única organización realmente representativa de los intereses generales de la población de aquellos años.

La situación desde entonces ha cambiado y mucho y estos cambios han afectado directa y negativamente al movimiento vecinal hasta llevarlo al actual momento de crisis y de obsolescencia.

La aparición de sindicatos y partidos democráticos ha "golpeado" directamente al movimiento vecinal, bien por haber éstos ampliamente "usado" a los dirigentes vecinales substrayéndolos de su relación directa con la realidad social de los barrios, bien promoviendo a dirigentes administrativos (concejales y cargos públicos). La misma existencia de partidos y sindicatos democráticos de hecho quitaba protagonismo y espacio al movimiento vecinal. La instrumentalización partidista de las asociaciones vecinales también contribuyó lo suyo a esta pérdida de protagonismo.

Al mismo tiempo los cambios económicos, políticos y sociales de los dos últimos decenios se han caracterizado por su gran rapidez y su gran complejidad que, junto a los innegables progresos sociales e institucionales (que sería una estupidez negar) han ido creando una realidad mucho más difícil de analizar y de comprender. Por otro lado, la población iba perdiendo en homogeneidad e iban apareciendo más claramente las diferencias sociales, si no de clase, si de status, valores, prioridades, etc. Ahora resulta mucho más complejo tejer un diagnóstico de la realidad social de los barrios y encontrar prioridades generales realmente compartidas por la gran mayoría de la población. Siguen estando claras algunas reivindicaciones típicas como la falta de metro en los barrios periféricos de las grandes ciudades, la falta del centro de salud o del hospital, etc., pero ahora no es tan fácil comprender porqué hay fracaso escolar y porqué muchos proletarios mandan sus hijos a la escuela privada o cuáles son las diferencias substanciales entre el viejo ambulatorio de la seguridad social y los flamantes centro de salud con su modelo sanitario de atención primaria. (Véase "Homogeneidad y Heterogeneidad" en "Reflexiones e indicaciones operativas para el 3º año del ICI") Mientras a nuestro alrededor grandes y complejos cambios enturbian el panorama social: hay más trabajo y más dinero, pero el trabajo es más precario y el consumo y el coste de las viviendas hipotecan los también cada vez más precarios salarios; siguen llegando inmigrantes de los países pobres y se van ubicando en nuestros barrios con sus creencias, sus propias costumbres y nuestras mismas necesidades; nuestra población es ahora mayor y las viviendas no están en condiciones, el hogar

del pensionista se ha quedado pequeño; las familias ya no son lo que eran y, las mujeres...

Realizar un diagnóstico de la situación actual resulta ahora mucho más difícil. El sistema democrático que tenemos solamente nos pide de ir a votar cada cuatro años pero no nos quiere participando. Los temas colectivos, generales y comunes son muy difíciles de identificar y, más difícil aún, es la búsqueda de las soluciones. Tenemos hoy muchos más recursos técnicos y profesionales que trabajan directamente en nuestro territorio, pero están metidos en los despachos y consultas y sólo atienden por cita previa.

Todo parece indicar ahora que no existen ni referentes sociales ni temas/problemas colectivos y comunes. Todo empuja a la búsqueda de soluciones individuales. Todo el mundo habla de individualismo y de la ausencia de participación. Ésta aparece relegada a momentos y actos puntuales, mayoritariamente de rechazo o repulsa de algo o de alguien, pero nunca como un proceso que permita construir alternativas a lo existente (y no cada uno por su cuenta).

En esta situación y con esta pérdida de protagonismo, el papel del movimiento vecinal -no habiendo realizado una renovación autónoma e interna- se ha ido refugiando en la gestión de proyectos particulares, llegando muchas veces al extremo de contratar profesionales a los que consideran como dependientes y no como recurso comunitario. La gestión depende de las subvenciones y las subvenciones las administran -con criterios muy poco objetivos- los administradores y... así el círculo se cierra con una dependencia orgánica del movimiento vecinal de los concejales de turno. Naturalmente hay asociaciones de vecinos que siguen jugando, a pesar de las dificultades objetivas, un papel progresista y una referencia real para cuestiones que afectan directamente a la vida de la población, pero son excepciones que confirman la regla.

Esta obsolescencia del movimiento vecinal se junta con la muerte de los reglamentos de participación ciudadana en auge en la gran mayoría de los ayuntamientos españoles y que mantenían un mínimo papel de representación de las asociaciones de vecinos. Empiezan a haber experiencias -véase en concreto la experiencia del Ayuntamiento de Avilés- que abren el camino de la participación ciudadana hacia otras perspectivas.

En opinión de quien escribe lo que queda del movimiento vecinal, valorizando su historia y su original papel de representación de las necesidades generales y comunes, tendría que asumir el rol de la promoción de iniciativas y procesos comunitarios y participativos, sin querer mantener sobre ello un rol hegemónico y de control. Algo así como hace la comadrona en un parto.

Más allá de la Constitución y de las leyes que hablan del derecho de participación, información, etc. hay que hacer referencia, en el tema de participación y ciudadanía, al papel que han jugado las administraciones públicas, en particular los ayuntamientos. Durante muchos años el único órgano y el único espacio y la única ley en esta materia han sido -y en gran medida, aunque obsoleto siguen siendo- los Reglamentos de Participación Municipales-. Estos Reglamentos de todas formas han evolucionado muy poco y la única representación que en su mayoría reconocen es la de las Asociaciones de Vecinos. En unos casos como Avilés y Las Palmas esta representación ha sido extendida a todo tipo de asociación e, incluso, a ciudadanos y ciudadanas a título individual.

Hay que reseñar que también ha habido intentos administrativos de introducir la participación en la gestión de los servicios públicos, en particular -y de manera formal- en educación y en sanidad con la creación de consejos. Gracias a la presión y a la financiación europea, sobre

todo en los años 90, se desarrollaron en muchas zonas rurales del país experiencias muy interesantes de participación en 'los planes de desarrollo local' con equipos de agentes dedicados a esta finalidad. Lamentablemente el fin de la financiación en general ha supuesto también el fin de estas experiencias.

Pero creemos que se puede afirmar que los resultados en estos campo han sido muy diferentes y dependiendo en gran medida de factores subjetivos.

En los últimos años ha habido numerosas experiencias municipales en el ámbito de los llamados Presupuestos Participativos que, en general, se han limitado a implicar a algunas organizaciones sociales, y no la ciudadanía, en la decisión de cómo gastar una mínima parte del presupuesto municipal.

Municipio y participación de la ciudadanía

"(...) **a)** El avance sustancial en la organización del Estado, pasando en poco tiempo de un estado centralizado y autoritario a uno democrático y 'autonómico', dejaba pendientes una serie de cuestiones cuya irresolución ha ido generando graves dificultades, despilfarro, sobreposiciones y hasta duplicidades, cuando no competitividad entre diferentes niveles institucionales o diferentes ámbitos de competencias. La visión 'patrimonialista' de los partidos con relación al gobierno de las diferentes parcelas del Estado ha ulteriormente agravado la situación haciéndola de hecho insostenible, ya antes de la 'crisis'.

"... No hablo de una cuestión que pueda resolverse mediante un cambio de gobierno... sino de problemas varados por la contradicción entre un sistema constitucional diseñado para el acuerdo sobre cuestiones básicas y una lógica partidista que basa sus expectativas en abrir abismos de confrontación sistemática, a menudo más ficticios que reales.... con el resultado de paralizar decisiones básicas para el buen desempeño del país." (Jordi Sevilla, Mercados del 17 de octubre de 2010).

Una de las consecuencias sociales más relevantes de esta situación -a la que haremos referencia más adelante- ha sido la fragmentación de las intervenciones de las diferentes administraciones en política social, dando lugar a una 'jungla' de proyectos, servicios, intervenciones, etc., sin coordinación, que no han podido contrarrestar los procesos de división social que ya estaban produciéndose en los barrios urbanos y en los pueblos debidos a los cambios laborales, sociales y, sobre todo, a los recientes e intensos procesos inmigratorios.

b) De ello se desprende de hecho una deriva asistencialista de las políticas sociales, sobre todo en sus elementos estructurales -los tres grandes pilares del Estado Social o Welfare State: servicios sociales, sanidad y educación-; y más allá de avances reales en ámbitos antes ignorados, como la dependencia, la igualdad de oportunidades, etc., pero sin llegar a determinar situaciones irreversibles.

Muchos de estos avances han sido realizados en el ámbito de una 'privatización' camuflada y confusa con las organizaciones de la llamada 'sociedad civil' (ONGs y empresas).

Pero lo que aquí interesa subrayar es que las políticas sociales han ido abandonado -salvo pocas excepciones- el campo de lo colectivo y de lo comunitario, es decir de lo educativo, de lo preventivo y de la intervención para luchar contra las causas de la exclusión y no sólo atendiendo a las consecuencias individuales de ellas.

Las grandes y avanzadas leyes sociales de los años 80 (la Logse en el terreno educativo, la de Servicios Sociales y la de la Reforma Sanitaria) han ido derivando así hacia una gestión asistencialista de las políticas sociales y se ha abierto el camino a la privatización, a la pérdida de horizontes progresistas y solidarios. La

escuela pública se encuentra en gran medida dicotomizada, ya que los sectores sociales con poder adquisitivo medio y medio alto la han abandonado (hace veinte años hubiera sido imposible que el Presidente de la Generalitat tuviera sus hijos en centros escolares privados y elitistas); los servicios sociales atienden casi exclusivamente a los sectores dependientes de la población y han encerrado su teórica vocación 'universal' en unas prestaciones y atenciones cada vez más marginales; y la sanidad pública está siendo arruinada por el gasto farmacéutico y por el consumo indiscriminado de sus recursos...

c) Sustancialmente, a pesar de declaraciones enfáticas y oportunistas, el sistema democrático español se basa exclusivamente en métodos y funcionamientos típicos de la democracia representativa, sin conceder espacios algunos a lo que se entiende por democracia participativa. Este no es ningún drama, ni se aleja mucho de la realidad europea. Sin embargo en este tema no ha habido claridad ni pedagogía política y el resultado es que la palabra 'participación', hoy en día, no tiene una definición clara y los intentos participativos se quedan en ámbitos de escasa relevancia.

Los gobiernos -a todos los niveles- se han caracterizado en esta etapa democrática por gobernar fundamental y substancialmente *para* la ciudadanía y, desde luego, no *con* ella (es decir, contando con ella).

Los Reglamentos de participación que se hicieron en los primeros años de régimen democrático se limitaron a reglamentar las relaciones con la población a través de las Asociaciones de Vecinos y hoy resultan claramente obsoletos y superados por los cambios sociales y por el envejecimiento orgánico de aquellas organizaciones. Éstas jugaron un papel muy importante -de lucha y reivindicación para las clases trabajadoras en los territorios de vida, los barrios periféricos de las ciudades-, pero que han sido incapaces, salvo en unas pocas realidades, de evolucionar y seguir estando a la altura de las nuevas realidad social y política del país.

La llamada Ley de Grandes Ciudades es realmente un intento de racionalización de las relaciones 'gobierno local - ciudadanía', pero sigue asignando exclusivamente a los partidos políticos la representación de los intereses ciudadanos...Con ello el tema no avanza, sino se sigue creando confusión.

Pido disculpas por citar algo ya escrito, pero:

'...Necesitamos urgentemente modificar muchas cosas para que nuestras sociedades no estallen en profundas e insanables contradicciones. Y la más profunda y la más necesaria modificación tiene que ver directamente con el tema de la participación: o implicamos correcta y paulatinamente a la ciudadanía en un papel de corresponsabilidad (para definirlo por ahora de alguna manera) en el gobierno y en la gestión de los asuntos públicos, o los individualismos, los territorialismos, los más diferentes corporativismos, llevarán inevitablemente a la insostenibilidad. Desde un punto de vista medioambiental esto ya parece evidente y en parte asumido. Pero también tendrá que serlo desde un punto de vista social y político. Dicho de otra manera y muy escuetamente: la participación ya no puede seguir siendo un elemento 'decorativo' de la política y de los procesos sociales. La participación ya es una necesidad.

En síntesis, la participación activa y consciente de la ciudadanía es el elemento clave del futuro, el único que puede asegurar la sostenibilidad en sentido global y general y garantizar también la posibilidad de seguir luchando para una sociedad que garantice un cierto equilibrio y una real paridad de oportunidades; a pesar de las insuperables -por el momento- diferencias de clases, de la lógica del capitalismo sin controles (como ha evidenciado la "crisis") y de la no contención de los planteamientos y principios del "libre mercado" y del pensamiento liberalista más descarnado...'

Así los grandes cambios sociales del final del Siglo XX nos han cogido impreparados y con muchos instrumentos, planteamientos, métodos... que podríamos definir obsoletos. Esto y la llegada de una 'crisis', cuyos caracteres aparecen cada día más

estructurales y no simplemente coyunturales (por ejemplo, como el paro), nos obligan a retomar algunas cuestiones que, de manera también muy sintética, aquí recordamos, subrayando que se están dando ya algunas experiencias en la práctica.

Elas son:

- La necesidad absoluta de ir integrando los 'escasos' recursos a través de la coordinación y de la programación compartida entre varios agentes (públicos y privados), instituciones y administraciones... eliminando despilfarro y duplicaciones; sobre todo garantizando respuestas sociales más globales, más adecuadas a la complejidad de la realidad del mundo de hoy

- Asumir la participación de la ciudadanía como un eje estructural de los procesos decisionales, sin confusión de papeles: no se trata de sustituir a quien decide (que ha sido elegido democráticamente), sino de modificar el modo con el que se llega a tomar las decisiones que afectan a todo el mundo. Dar vida a espacios y órganos de participación abiertos a las organizaciones sociales de todo tipo y a las personas que quieren hacerlo a título individual. Eliminar de estos espacios y órganos mecanismos de participación derivados de la democracia representativa, que contaminan la participación y alejan los ciudadanos y las ciudadanas que quieren aportar libremente su contribución...

Hay que reconocer que la participación -constante, permanente, sostenible- siempre será un tema relacionado con minorías y no con masas de personas. Pero ahora los espacios y los procesos tienen que ser abiertos y no reclusos por una minoría que transforma su participación, no ya en un derecho, sino en un privilegio.

- Vincular los procesos e itinerarios participativos a diagnósticos reales y participativos de las realidades sobre las que hay que tomar decisiones y aportar soluciones. La participación de 'todo el mundo' en la realización del diagnóstico y, luego, en la definición de las prioridades o de las líneas de acción a seguir constituye un elemento fundamental para que los procesos participativos no fomenten los intereses particulares o el populismo.

Durante muchos años la participación de la ciudadanía se vio de hecho relegada a jugar un papel exclusivamente reivindicativo hoy claramente insuficiente...

- (...) Naturalmente esto requiere que los mismos procesos sean irrigados por un constante y claro flujo informativo (la misma información para todo el mundo en cuanto al contenido se refiere, aunque con formas y lenguaje diferentes) y que los temas sean afrontados con el auxilio de las ciencias y de los conocimientos científicos. Este hecho hace sí que los procesos, ámbitos y órganos de participación deberían incluir espacios 'técnico-científicos' con funciones de asesoramiento, tanto a la ciudadanía participante, como a las instituciones que toman las decisiones.

- El territorio vuelve a asumir un papel fundamental, convirtiéndose por un lado, en un espacio de referencia de programas, intervenciones económicas, sociales, etc.; y, por el otro, en espacios de participación de la ciudadanía en la vida pública.

Por todo ello la perspectiva del desarrollo comunitario, de la participación activa y consciente de la ciudadanía, de la coordinación de recursos, de la integración de las instituciones, de la programación comunitaria, del diagnóstico participativo... todo esto vuelve a asumir un protagonismo que muchos han querido relegar al ámbito de los sueños.

Naturalmente somos conscientes de que la forma de ponerlo en práctica tiene que adaptarse a los cambios tecnológicos que se han producido (lo contrario, sí sería estupidez), pero, conviene recordar lo que decía mi maestra Angela Zucconi: 'hay que ser rígidos en los principios y muy flexibles en la aplicación'".

Los cambios sociales que se han ido concretizando en los últimos decenios –la globalización, la inmigración, la crisis económica, etc.- plantean hoy un escenario profundamente modificado respecto al recuento pasado. Podemos afirmar que nos encontramos en una situación

profundamente modificada cuyos éxitos no son previsibles; lo que sí es cierto es que hemos pasado a una realidad que tiene que confrontarse con el reto de la diversidad y de la multiculturalidad. De hecho, estamos pasando de una realidad en la que primaba la 'homogeneidad' (de valores, de referencias, de comportamientos, etc.) a una realidad que percibimos como 'heterogénea'.

'El reto de la diversidad y de la multiculturalidad. De la homogeneidad a la heterogeneidad'.

La crisis nos ha obligado a tomar conciencia de unos elementos que nos tienen que llevar a *entraprender* nuevos caminos, ya que muchos de los viejos ya no nos sirven, por lo menos por dos grandes motivos:

- Porque la crisis ha emergido a la superficie grandes contradicciones (que no se han querido reconocer cuando había que hacerlo) y ha evidenciado que hemos hecho mal muchas cosas, que tenemos que aportar modificaciones y mejoras a nuestra realidad, a nuestras acciones y, también, a nuestros propios planteamientos que pensábamos inmodificables.

- Porque el mundo a nuestro alrededor ha cambiado y los cambios son tan profundos y tan estructurales que dejan obsoletos instrumentos y organizaciones que en el reciente pasado parecían haber demostrado su validez y su utilidad.

La crisis es de tipo general ya que no afecta solamente a la economía y es de tipo global demostrándonos que no existen islas. Es local, porque nuestra realidad necesita modificaciones no superficiales y, al mismo tiempo, es global ya que tenemos que enfrentarnos a desafíos y retos globales. En este sentido el término '*global*' resume bien el panorama que entrevemos ya que conjuga las dificultades de nuestra realidad con la complejidad de estar inmersos en la 'Aldea Global'.

Aunque de manera muy sintética, conviene considerar los elementos que incluimos en las dos categorías anteriores.

Por lo que se refiere al primer elemento y sin un orden de prioridad o de importancia:

a) El Estado Autonómico supuso un gran avance en la senda de la profundización y extensión de la incipiente democracia española, pero su gestión ha sido patrimonialista y esto ha generado fragmentación institucional, incapacidad de dar respuestas globales y completas, mientras, al mismo tiempo, el coste de su funcionamiento se ha ido haciendo insostenible. La crisis económica y la necesidad de recortar han evidenciado claramente esta insostenibilidad. Ahora el peligro consistiría en recortar sin un diseño global que eliminara los elementos positivos e importantes de la autonomía, en lugar de un proceso de *repensamiento* que permitiera reconsiderar su funcionamiento y su gestión.

b) La participación de la ciudadanía en la vida política y en el gobierno de la cosa pública ha brillado por su ausencia. Los partidos se han contentado con que los ciudadanos y las ciudadanas les dieran el voto cada cuatro años (lo que yo llamo 'delegación pasiva'). Entre un mandato y el otro... silencio administrativo (además de la corrupción que siempre aparece cuando la administración se aleja de la ciudadanía y la transparencia se hace muy borrosa).

Se ha gobernado 'para' la ciudadanía, no 'con' ella. Ahora la participación se hace absolutamente necesaria pero requiere tiempos y procesos lentos y difíciles.

c) En la sociedad (por una serie de causas y elementos que sería muy largo analizar aquí) se han ido perdiendo los 'horizontes colectivos' y los intereses generales han naufragado en el mar de los intereses individuales. Quiero aquí abrir un paréntesis y remarcar que, contrariamente a la cultura dominante, no pienso que la gente se haya vuelto individualista, sino que, en el contexto social que se ha ido

conformando en los últimos veinte años, han ido desapareciendo los 'horizontes colectivos' y ello induce a las personas naturalmente a buscar salidas individuales.

d) Los cambios en el trabajo y en las relaciones laborales derivados de la globalización de la economía. Mejor explicar que ellos se derivan del paso del capitalismo productivo –centrado en la producción de bienes y servicios a través de la fábrica y de sus relaciones con el territorio que dio lugar al desarrollo de la segunda mitad del siglo pasado- al capitalismo financiero, que no conoce fronteras ni patrias, que acude allí donde la rentabilidad es mayor y en el que la especulación se convierte en el factor determinante.

Ello ha tenido como consecuencia la *desindustrialización* y el abandono de la continuidad de la producción en la fábrica y en el territorio; a la desregulación de las relaciones laborales y a la máxima precarización del trabajo. Durante más de un siglo y medio, desde la primera Revolución Industrial, el trabajo, a pesar de todo y gracias a las luchas obreras, ha sido un elemento muy importante de unidad de las clases trabajadoras y de conquistas colectivas de interés general. Pero ahora el trabajo se ha convertido en un 'bien escaso' y en elemento de competitividad entre los trabajadores. El trabajo antes unía y ahora divide. Podría hablarse sin lugar a dudas de una nueva forma de 'guerra entre los pobres,' así como Marx y Engels preconizaban hace más de un siglo y medio.

Esta división que se juega a nivel planetario -y que puede ser resumida en: '*si no aceptan nuestras nuevas condiciones vamos a llevar el trabajo a otra parte donde sí las van a aceptar*'- se juega también a nivel local. La conquista del trabajo se convierte en una aspiración y en una lucha individual. Los intereses comunes y generales desaparecen del horizonte colectivo y emergen los intereses individuales.

Se trata de un cambio de época frente al que los sindicatos –construidos sobre el modelo 'fábrica'- resultan ineficaces y llegan con retraso para dar vida a una nueva estrategia de defensa de los intereses de las clases trabajadoras y, por lo tanto, resultan en gran medida obsoletos.

Si hacemos memoria y nos acordamos de que sólo hace pocos años el Presidente del Gobierno prometía la sociedad del Pleno Empleo... y ahora nos encontramos con millones de personas desempleadas, entonces comprenderemos que el cambio ha sido muy grande y que el futuro requiere nuevos planteamientos y nuevos caminos ya que el trabajo se ha convertido, como decíamos, en un 'bien escaso'.

e) Sin embargo el desarrollo capitalista de los países avanzados, junto al envejecimiento creciente de las poblaciones autóctonas –Italia y España han representado y representan el ejemplo más claro y más intenso de este fenómeno-, han generado en los últimos treinta años un fuerte reclamo inmigratorio cara a los países 'subdesarrollados' con los que habían construido, en épocas anteriores, lazos pos-colonialistas; o más simplemente por su crecimiento rápido, convulso e ininterrumpido durante décadas. Así, en muy pocos años, estos países –y de manera muy señalada Italia y España entre ellos- se han configurado como receptores de miles y miles de personas procedentes de estos países en busca de trabajo y de una oportunidad de vida más digna; coincidiendo este fenómeno con la entrada en crisis del sistema productivo y con la llegada de la crisis económica más importante y más estructural desde la Segunda Guerra Mundial (1945).

En muy poco tiempo nos hemos visto inmersos en una realidad heterogénea (o de la diversidad cultural) que se nos antojaba como nueva y desconocida, justamente cuando nuestro propio patrimonio cultural y nuestros instrumentos de cohesión social y de referencia colectiva se estaban volviendo obsoletos e incapaces de hacer frente a la nueva realidad.

f) A pesar de que el crecimiento ininterrumpido haya cesado, el cambio hacia la multiculturalidad no ha cesado. Nuestras sociedades europeas envejecidas son ya estructuralmente multiculturales con todo lo que ello comporta.

La multiculturalidad puede ser entendida como oportunidad o como problema. Lo que está claro es que tenemos un reto de cuya solución dependerá, en gran medida, el futuro de nuestra realidad y las condiciones de vida de la población.

Siendo esta materia muy compleja quiero aportar mi contribución solamente sobre a aspecto de esta temática que creo fundamental.

Con las mejores intenciones, mucha gente al hablar de la población inmigrada, habla de la necesidad de la integración. (*'Completar un todo con las partes que faltaban'*- Diccionario RAE de la Lengua Española). Fundamentalmente esto significa que las personas que han llegado de fuera tienen que integrarse en 'lo nuestro'. Justamente el amigo antropólogo Carlos Giménez define este elemento como 'asimilación'. (*'Capaz de hacer semejante a sí mismo algo externo'* - RAE).

El problema es que 'lo nuestro', hoy en día –por lo que intentamos explicar en las páginas anteriores- no puede integrar ni siquiera a 'los nuestros', ya que nuestra realidad está siendo azotada por la crisis, por los errores que hemos cometido en la etapa del crecimiento y por los cambios estructurales de la nueva época. Valga un ejemplo: a la salida de una reunión de una asociación cultural de un barrio periférico de Barcelona, un compañero de la Asociación de Vecinos con el que habíamos compartido muchas acciones y reivindicaciones –típicas ambas de la realidad de los barrios periféricos de las grandes ciudades- me dijo textualmente: "*Marco, estoy cansado. Después de tantos años de lucha nos encontramos en una situación tan cambiada y tan diferente que no entiendo nada. No tengo fuerzas para seguir luchando. Me quiero ir de aquí, pero es imposible, porque mi casa ya no vale lo que yo he pagado*".

También conviene no olvidar ahora lo que hemos escrito al hablar del 'factor trabajo'. Durante la fase del crecimiento parecía que había trabajo para todos –aunque no en las mismas condiciones, naturalmente- y, por lo tanto, no nos molestaba que las personas inmigrantes también trabajaran. Pero con el trabajo como 'bien escaso', el panorama cambia y las personas inmigrantes se convierten en competidores. Competidores muy a menudo dispuestos a hacer mi trabajo por menos dinero (y todo el mundo sabe porqué).

Para completar este cuadro, no muy idílico, conviene recordar que las políticas sociales de las distintas administraciones han contribuido ulteriormente a agravar la situación, favoreciendo actuaciones asistenciales y promocionales únicamente dirigidas a la población inmigrada, continuando así en los errores de sectorializar la intervención social. Muchas veces he oído trabajadores autóctonos parados lamentarse de que "*los negros me han quitado el trabajo*". Estamos a un paso del racismo y de la xenofobia. Como botón de muestra: una ONG anuncia por radio la apertura de un taller de autoempleo para mujeres inmigradas. ¡Una mujer no inmigrada, con problemas familiares, recientemente separada del marido y sin formación –sólo la de 'ama de casa'-... no puede participar por no ser inmigrada!

Del conjunto de estos elementos y de otros muchos, que no podemos ahora analizar, se deriva la idea de que la 'integración' solo puede ser a través de un proceso de construcción de una nueva realidad (realidad nueva para nosotros y para los/las que vienen de fuera) y que no se puede realizar sin su participación. Este proceso requiere una serie de condiciones que hay que crear ya que no existen en la realidad (pero esta realidad nos obliga a realizarlas lo más pronto posible):

- Se trata de procesos sociales que requieren tiempos largos para ser sostenibles. No se trata de una acción concreta en un determinado momento, sino de una serie de acciones que conforman un proceso que, a su vez, va conformando una nueva realidad.
- Se trata de procesos realizados con la participación de 'diversos' participantes. Construir una nueva realidad 'intercultural', que permita a todas las diversidades de actuar en paridad de condiciones y de ser mutuamente reconocidas en el marco de una auténtica concepción de ciudadanía para todos; todo ello requiere mucho tiempo y unas condiciones sociales y culturales altamente democráticas. Esto no se improvisa y requiere mucha capacidad técnica y metodológica por parte de Equipos Comunitarios cualificados que sepan trabajar con el conjunto de la comunidad, con

la diversidad y con el conjunto de los recursos técnicos y profesionales del territorio. El simple respeto a las diferencias culturales (multiculturalidad) constituye un avance respecto al racismo y a la xenofobia y puede describirse como 'coexistencia'; pero hoy no es suficiente, ya que representa un retraso respecto a la construcción de una verdadera 'interculturalidad': la participación de todas las diversidades para contribuir, de manera dialéctica, a la construcción de una nueva realidad comunitaria para todo el mundo.

En esta línea está trabajando el Proyecto ICI (Intervención Comunitaria Intercultural) promovido por la Fundación Obra Social 'La Caixa' y dirigido por el antropólogo Carlos Giménez y que, quien escribe, asesora. Este Proyecto es una novedad y una excepción y todavía es pronto para medir su impacto en una realidad comunitaria muy fragmentada y erosionada por los elementos críticos descritos anteriormente.

Todo esto no va a ser posible si no ponemos en marcha procesos comunitarios que permitan afrontar los retos del futuro en toda su complejidad y que tengan en su centro la participación -real y concreta- de la ciudadanía, entendida como un elemento central y necesario de cualquier hipótesis de avance social y con capacidad de respuesta solidaria a las consecuencias de la crisis, en todas sus vertientes.

En otras palabras, vemos la necesidad de no sectorializar los temas y las respuestas a las viejas y nuevas necesidades; de avanzar en procesos globales que cuenten con la integración del conjunto de recursos (institucionales, económicos, humanos y técnicos) existentes y, sobre todo, con la participación de la ciudadanía.

Por lo que más directamente atañe a nuestro trabajo en el Proyecto ICI, de manera sintética, señalamos los siguientes puntos, sin un orden de prioridad:

- La participación constituye un eje transversal y permanente del Proyecto y tiene que estar presente en sus metodologías, en sus iniciativas y en sus resultados. Y, siempre con una atención a todas las diversidades existentes, en particular a las minorías, colectivos y grupos minoritarios y 'marginales'.

En este marco el Proyecto ICI:

1. Reconoce y, en la medida de lo posible, potencia todo recurso asociativo existente.
2. Contribuye a promover nuevos recursos.
3. Contribuye a promover momentos de encuentro para sinergias, colaboraciones, cooperaciones, etc.
4. Contribuye a construir proyectos comunes y compartidos.

(Nota. Recordamos que la metodología trabaja con el lema 'no excluir a nadie').

- El Proyecto ha dejado muy claro desde el comienzo que al hablar de participación no sólo nos referimos a la población/ciudadanía sino a los 3 Protagonistas (cada uno en su respectivo papel).
- Toda la actividad del Proyecto pretende y tiende a que la participación se transforme también en organización autónoma de las personas, de los/as técnicos/as, de la ciudadanía, de los colectivos... y que cada uno aumente su capacidad de gestionar autónomamente su propia necesidades y finalidades.
- En una perspectiva comunitaria la autonomía individual o colectiva o de grupo no tiene

porqué estar en contradicción con lo global, lo común y lo general. El Proyecto trabaja para contribuir a solventar, ir más allá de estas contradicciones que existen en la realidad, por el predominio en los últimos años de los intereses particulares respecto a los generales.

Marco Marchioni

15 de septiembre 2012